

# **SAN VICENTE, DIÁCONO Y MÁRTIR**

**Día 22 de junio**

**P. Juan Croisset, S.J.**

**F**ue San Vicente uno de los más ilustres mártires de la Iglesia en España, en quien se hizo más visible cuánto puede la gracia de Jesucristo. Nació en Huesca, según la opinión general, de una de las más distinguidas casas del país. Su padre Eutiquio era natural de Zaragoza, y su madre Enola había nacido en Huesca, en donde residían habitualmente. Desde niño le entregaron sus padres á la dirección de Valerio, obispo de Zaragoza, que le educó en toda piedad, haciéndole instruir así en los misterios como en los deberes de la religión, sin olvidar el estudio de las letras humanas. En poco tiempo aprovechó mucho Vicente; y viendo el santo prelado los progresos que hacía en todo, le ordenó de diácono de su iglesia, encargándole el ministerio de la predicación, que no podía ejercitar el santo obispo por razón de su avanzada edad. Le ejerció Vicente con dignidad y con feliz resultado; porque, predicando tanto con obras como con la palabra, no sólo enseñaba y fortalecía á los fieles, sino que también convertía á la fe á buen número de gentiles.

Hacia el fin del año 303, principio de la persecución que los emperadores Diocleciano y Maximiano movieron en España, queriendo Daciano, gobernador de la provincia de Tarragona, á cuya jurisdicción pertenecían Zaragoza y Valencia, demostrar su celo y actividad en que fuesen obedecidos los decretos de los emperadores, mandó prender á Valerio y á Vicente, dando orden para que fuesen conducidos á Valencia cargados de cadenas,

con la esperanza de que se desalentarían con las fatigas y con los malos tratamientos que había encargado se les hiciesen en el camino, y le adquirirían la gloria de haber vencido á los dos mayores héroes cristianos que se conocían á la sazón en la nación española. Pero quedó no poco admirado cuando los vio en su presencia tan frescos y tan robustos como si nada hubieran padecido, á pesar de las diligencias que se habían hecho para matarlos de hambre en tan prolijo y tan penoso viaje.

Parecióle á Daciano que, para persuadir á unos hombres de aquel carácter, tendrían más fuerza los buenos términos que la severidad y las amenazas. Con esta idea, dirigiendo primero la palabra á Valerio, le representó que su avanzada edad estaba pidiendo de justicia algún descanso, y sus muchos achaques una vejez dulce y tranquila; que uno y otro lo hallaría obedeciendo á las órdenes justas de los emperadores. Y, volviéndose después á Vicente, le dijo con afectada blandura: «Tú, hijo mío, estoy seguro que no degenerarás de la nobleza de tu sangre. Tienes talento y eres noble; con que espero te harás acreedor á las honras que la generosidad de los emperadores se dignará dispensarte. Eres joven, eres galán, eres generoso, eres discreto y puedes esperar los grandes favores con que te brinda la fortuna, la cual se te presenta colmada de gracias y de dichas. Pero para merecerlas no has menester más diligencias que no abandonar la religión de tus antepasados. Ven, hijo mío, ríndete a lo que ordenan los emperadores, y no te espongas por una necia obstinación á una muerte anticipada y afrentosa ».

El santo anciano Valerio padecía alguna dificultad en la lengua y no podía explicarse con bastante soltura, por lo que ordenó á Vicente que respondiese por los dos. Tomando éste la palabra, habló á Daciano con valerosa intrepidez, diciendo: « No creas que las amenazas de la

**muerte nos han de acobardar, ni que las despreciables hondas de la vida puedan movernos á faltar á nuestra obligación; porgue has de tener entendido que no hay cosa tan estimable ni tan deliciosa en el mundo que se acerque de mil leguas al consuelo y á la honra de morir por Jesucristo».**

**Ofendido Daciano de la generosa libertad del santo diácono, se contentó con desterrar á Valerio, y descargó toda su cólera sobre San Vicente. Dio orden á los verdugos para que empleasen los tormentos más crueles, y para que inventasen también los más terribles que pudiesen discurrir, á fin de vengar á los dioses del desprecio que se les había hecho; y fueron ejecutadas sus órdenes con la mayor exactitud.**

**Tiéndenle al punto sobre la catasta ó potro, aplícanle los cordeles y comienzan á tirarle los pies y las manos, jugando el artificio de aquella horrible máquina con tanta violencia, que luego se oyó el ruido y se percibió la dislocación de todos los huesos; de suerte que apenas se mantenían los miembros unidos al cuerpo sino por medio de los nervios. Durante este tormento, el cruel tirano preguntó á la víctima con ironía: «Y ahora, Vicente, ¿quieres decirme cuál es tu fe?—Tú realizas, respondió el diácono, el voto más ardiente de mi vida, y esto hace que te considere el mejor de mis amigos. Sigue en tu tarea». Viendo el tirano que el Santo se reía de aquel tormento, mandó que le rasgasen las espaldas con uñas ó garfios acerados; lo que se ejecutó por modo tan cruel, que se le descubrieron las costillas hasta el espinazo. Esperaba Daciano que el santo mártir lanzaría por lo menos algún suspiro, ó dejaría correr alguna lágrima; pero queriendo el Señor dar á entender á los hombres que sabe muy bien, cuando quiere, endulzar las penas y los trabajos que se padecen por su amor, hizo que el Santo sufriese este segundo suplicio con tanta constancia y alegría**

como había sufrido el primero.

Quedó atónito el tirano al ver tan asombrosa tranquilidad del santo mártir en medio de los más vivos dolores; pero cuando le oyó hacer como burla de la crueldad de los verdugos, y que á él mismo le desafiaba que le hiciese sufrir todo lo que se le antojase, espumaba de cólera, teniéndolo por especie de insulto. Y sabiendo que las llagas, en dejándolas enfriar, son más dolorosas si se vuelven á abrir, ordenó que fuese despedazado de nuevo, lo que se hizo con tanta crueldad, que, arrancándole crecidos pedazos de carne, dejaban ver patentes las entrañas. Corrían arroyos de sangre por todas partes, y sólo se veía un esqueleto que vivía en fuerza de milagro. Hasta los espectadores, empedernidos idólatras, acostumbrados á ver martirios, apartaban la vista horrorizados de aquel santo cuerpo. Comprendió bien el tirano que en aquella constancia se ocultaba algo sobrenatural, y que nunca podría vencer una fuerza tan superior á la suya. Mandó se suspendiesen los tormentos; pero, sin querer manifestarse vencido, le ordenó que á lo menos le entregase los libros sagrados para arrojarlos al fuego, ofreciéndole la vida si le obedecía en esto.

Vicente, con modo grato, pero santamente intrépido, respondió al juez que el fuego con que amenazaba á los libros estaría mejor empleado en el mismo Santo para acabar su sacrificio en las llamas; y también me veo obligado á prevenirte, añadió el invicto mártir, que algún día arderás tú por toda la eternidad en las del Infierno, si no renuncias el culto de los falsos dioses.

Apurado todo el sufrimiento de Daciano al oír tan inesperada respuesta, y no pudiendo contener la indignación, mandó que al instante le extendiesen en una cama de hierro ardiendo, aplicándole por todo el cuerpo láminas ó planchas encendidas.

**Renovóse la alegría de Vicente á vista del nuevo tormento que le esperaba. Todo su gusto era pasar de un suplicio á otro, del ecúleo ó del potro á las parrillas, las cuales se componían de unas barras atravesadas, no de plano, sino abiertas en forma de sierra y salpicadas á trechos de púas agudas á manera de rallo. Su elevación era de una cuarta escasa, y se colocaban sobre carbones encendidos que estaban continuamente avivando los verdugos. Llenábanse todos de horror al ver aquel cuerpo medio desollado, amarrado con cadenas á la parrilla, cubierto de planchas ardiendo por la parte superior, mientras que la inferior la derretía el brasero. La grasa que el santo cuerpo destilaba añadía mucha fuerza á la violencia del fuego; y como si aquel conjunto de tormentos no bastase á causarle un dolor agudísimo y cruel, cuidaban los verdugos de avivársele, llenándole de sal las llagas y las heridas.**

**Permanecía Vicente inmóvil, los ojos fijos en el Cielo y el semblante risueño, adorando y bendiciendo sin cesar al Señor en aquella postura de inmolación y de víctima. Pero como la mano del Todopoderoso se descubría tan visiblemente en la alegría y en la constancia del santo mártir, no podía permanecer expuesto por mucho tiempo á los ojos del público un espectáculo que tanto desacreditaba el culto de los ídolos. Todos admiraban la fuerza prodigiosa del paciente, y hasta los mismos gentiles clamaban que aquello no podía ser sin gran milagro; de suerte que se vio precisado Daciano á mandar retirar al invicto diácono. Encerráronle en un oscuro calabozo, donde le tendieron para descansar sobre fragmentos de vidrio y hierro, con severa prohibición de que se le diese el menor alimento ni el más ligero alivio; pero el Señor tuvo providencia de su siervo, porque de repente bajó una celestial luz que disipó las tinieblas del calabozo, y al mismo tiempo derramó Dios en el alma de aquel héroe una divina**

**dulzura, un consuelo de superior orden que le inundó de alegría. Hallóse de repente restituído á su antigua robustez y mejorado en su natural hermosura, exhalando de su cuerpo un suavísimo olor que llenaba de fragancia aquel lugar hediondo. Bajaron á hacerle compañía escuadrones de espíritus angélicos, y se dejaron percibir los celestiales cánticos con que entonaban alabanzas al Señor; de manera que aquella horrorosa prisión se convirtió en paraíso de delicias.**

**La fragancia, la música y el resplandor llenaron de admiración á los guardias; pero quedaron atónitos cuando vieron á Vicente sin la más leve señal de los tormentos pasados, y convertidos en rosas los pedazos de hierro de que estaba sembrado el calabozo. No era fácil resistir á tanto tropel de prodigios. Convirtiéronse á Cristo el alcaide con los guardias, los cuales se arrojaron á los pies del Santo, pidiendo que los perdonara los tormentos que le habían hecho sufrir.**

**Y llegando á noticia de Daciano lo que pasaba, tomó (por desesperación ó despique) una resolución bien extraña. Mandó que al punto sacaran al Santo del calabozo, ordenando que le acostaran en la cama más blanda y regalada que se pudiera disponer, y dando providencia para que se le cuidase, sin perdonar á regalo ni á remedio. Se publicó en toda la ciudad este decreto; acudieron los fieles en tropas á la cárcel; condujeron al Santo como en triunfo por las calles; pero Vicente, apenas entró en el regalado lecho que se le tenía prevenido, cuando, como si fuera aquél el mayor de los tormentos, expiró y voló su alma al Cielo á recibir la corona y el premio de su victoria; sucediendo esto el día 22 de Enero del año de 304.**

**Rabioso y fuera de sí Daciano al verse vencido y confundido por aquel héroe cristiano, mandó que fuese**

arrastrado su cadáver y sacado al campo, y que lo arrojasen en un barranco para servir de pasto á las aves y á las fieras; pero envió Dios un cuervo de grandeza extraordinaria, que le guardó y defendió de los demás animales. Ordenó el tirano que le echasen en alta mar, encerrado en un saco, para que no le diesen culto, y careciese de ese consuelo la devoción de los fieles; pero el Señor, que se burla de todos los artificios de la humana prudencia, condujo á la playa el santo cuerpo. De la playa le retiró una piadosa viuda llamada Jónica, por revelación que tuvo del mismo mártir, acompañada de un varón que recibió el mismo aviso, y le enterraron en un lugar cercano á las murallas de la ciudad , en el mismo sitio en que hoy se levanta una magnífica iglesia bajo la advocación de San Vicente.

Parte de sus reliquias, la estola, la túnica y un brazo de dicho Santo fueron llevadas á Francia por el rey Childeberto, cuando, sobre el año 527, y con motivo de la guerra con los visigodos arrianos, para libertar y vengar á la princesa Clotilde de los malos tratamientos que padecía en poder de aquéllos, sitió á Zaragoza, adonde habían sido trasladadas aquellas reliquias del Santo, cuya intercesión solicitaron los zaragozanos, logrando por este medio que el rey franco levantase el sitio de la ciudad á cambio de las reliquias mencionadas, que Childeberto se llevó y depositó en la iglesia que hizo construir en París, bajo la advocación de San Vicente, y que hoy se conoce con el nombre de San Germán de los Prados.

Se guardó el santo cuerpo de San Vicente en Valencia hasta más de la mitad del siglo viii, en cuyo tiempo, para preservarle del moro Abderraman, perseguidor de las santas reliquias, fue trasladado al *Promontorio Sacro*, que hoy se llama *Cabo de San Vicente*. Por los años 1139 fue hallado en aquel sitio y

trasladado á Lisboa, de orden del primer rey D. Alfonso, en cuya iglesia catedral se colocó ; habiéndose perdido con el tiempo la memoria del sitio en que le dejaron, hasta el año 1614 en que se descubrió su sepulcro, con un letrero que decía ser el cuerpo de San Vicente. Los portugueses celebran la fiesta de esta traslación el día 15 de Septiembre, con aprobación del papa Sixto V.

La cabeza de San Vicente fue donada á San Dómnolo, obispo de Mans; y Metz, Castres, Besanzon y otras ciudades de Francia recibieron después varias reliquias del Santo.

Las ciudades de Huesca, Zaragoza y Valencia se disputan la cuna de este célebre mártir; pero el Breviario español y la opinión más comúnmente seguida dan la preferencia á Huesca, si bien se educó en Zaragoza y fue martirizado en Valencia. Celébranse funciones á San Vicente en muchos pueblos del mundo cristiano, pero por modo solemne en Valencia, Huesca, Zaragoza, Júcar, Segura, Molina de Aragón y Lisboa.

## **SAN ANASTASIO, MONJE PERSA, Y SETENTA COMPAÑEROS MÁRTIRES**

**N**ació, á fines del siglo vi, en la Persia, región occidental del Asia. Educado, como era natural, en la religión de su patria, el sabeísmo, ó sea la idolatría sidérea, y en la magia, aprendió, siendo niño, de su padre las artes mágicas. Antes de su conversión á la religión de Jesucristo, se llamaba *Magúndat*. Mozo ya, se alistó en el ejército de su nación, casi en constante guerra con los estados vecinos, sirviendo en el arma de caballería.

Hacia el año 610, Sain ó Sathin, exarca, esto es,



prefecto ó teniente general del ejército de los persas, hizo una expedición al Occidente; llegó con sus tropas, saqueándolo todo, hasta Calcedonia, y la sitió por algún tiempo. Formaba parte de este ejército el persa Magúndat.

Precisado Sain á volver al Oriente, porque Filípico conducía el ejército de Heraclio, emperador del Oriente, hacia la Persia, regresó á su patria Magúndat y se separó del servicio militar, y por algún tiempo vivió en compañía de un artífice platero.

Cuando oyó el nombre de Cristo de los cautivos cristianos, comenzó á convertirse á la religión de éstos, abandonando en seguida la Persia en busca de gentes que le enseñaran la doctrina del Crucificado. Se dirigió á Calcedonia y á Hierápolis, y después á Jerusalén. Estando en esta ciudad en el año 614, en ocasión en que fue tomada por Cosroes II, rey de la Persia, como viese llevar con gran veneración cautiva á Ctesifon, lugar de aquella nación, la Santa Cruz que nos libró del cautiverio del pecado, yendo con ella multitud de cristianos prisioneros, después de tomada Jerusalén, quiso saber Magúndat, ignorante aún de nuestra religión, qué motivo tenían los cristianos para estimar tanto dos maderos cruzados que habían servido para ajusticiar á un hombre.

Informado de esto y bien instruido en la doctrina cristiana, recibió el bautismo en el año 620, en el monasterio del abad Anastasio, á cuatro millas de la misma ciudad; con este motivo dejó el nombre pagano y tomó el de *Anastasio*, de origen griego, que significa *resucitado*, y realmente resucitó él á la vida de la gracia de Dios. No contento con ser cristiano, ingresó en dicho monasterio, que se cree fuera de PP. Carmelitas, en cuya regla vivió siete años, empleándolos en los ejercicios más humildes y más perfectos de la vida religiosa, para, en

**breve tiempo, como obrero de última hora, consumir su carrera en este mundo. En los calendarios de PP. Carmelitas se le considera como de su Orden. Después de admirar y contemplar la constancia de los siervos de Dios en mortificarse y en padecer por Jesucristo, no quiso leer casi otra cosa sino lo que le fomentase el más ardiente deseo de derramar su sangre por amor á Jesús.**

**Cumpliéronsele sus deseos. Obedeciendo á sus superiores, salió del convento para Dióspolis, Garizin y Cesárea de Palestina. En esta última ciudad fue donde por vez primera luchó Anastasio por la fe y venció á los impíos. Supo un día que algunos soldados de la guarnición hacían maleficios, y los reprendió. Súpolo Marzabana, gobernador de la ciudad, enemigo capital de los cristianos, y mandó apresarle. Como declarase Anastasio ser cristiano, probó el juez de ganarle con halagos, y, no consiguiéndolo, amarrado con cadenas fue aquél encerrado en la cárcel, donde fue cruelmente azotado, año de 627. En la prisión le confortó el Señor con una aparición de mucho consuelo para el mártir.**

**Fue enviado después al rey de Persia, quien en seguida le puso en prisión. Estando en ella, hizo revelaciones á sus compañeros de esclavitud, diciéndoles entre otras cosas: «Yo concluyo la vida mañana. Algunos de vosotros seréis puestos en libertad dentro de pocos días, y el inicuo é impío rey Cosroes será matado». Llevaba Anastasio seis meses de prisión y de tormentos en las cárceles de Cesárea y de la Persia, y el rey remitió su causa á otro juez, el cual mandó primero que le azotasen, y después que le machacasen las piernas entre unos maderos, y que, colgado de un brazo y atada en uno de los pies una gran piedra, por espacio de dos horas le fuesen descoyuntando sus miembros. Cansado el juez y confundido de la constancia de Anastasio, mandó le cortasen la cabeza, habiendo enviado primero al martirio**

á setenta compañeros, los cuales fueron ahogados en un río, confesando todos su fe cristiana, el 22 de Enero del 628. Poco después de muerto Anastasio, cierto demoníaco se vistió con la túnica del mártir y se curó repentinamente.

Entre tanto llegó con su ejercito el emperador Heraclio, después de haber derrotado á los persas, y puso en libertad á los cristianos que aun estaban cautivos, diez días después del martirio de San Anastasio. En cuanto al cruel Cosroes, viendo su hijo mayor, Siróes, que su padre quería coronar á otro hijo por rey de Persia, se rebeló contra el autor de sus días, mató á vista de él al hijo á quien quería coronar, y mandó luego quitar la vida á su padre, Cosroes, á saetazos. Así se cumplieron las palabras que el mártir San Anastasio dijo á sus compañeros en la prisión.

Justino, *hegúmeno*, ó sea padre superior del convento á que perteneció Anastasio, había mandado otro monje, que después escribió la vida de este mártir, á Cesárea para que le consolase en la prisión, y este religioso le acompañó á la Persia; y luego que fue martirizado Anastasio, desde allí llevó á su convento, primero *elcolobio*, ó túnica sin mangas que usaban los romanos antiguos, y después también las reliquias del cuerpo del mártir.

Posteriormente fue llevada á Roma su sagrada cabeza con su venerable retrato ó imagen, en cuya presencia huían los demonios y sanaban los enfermos; y colocada en la iglesia contigua á la de San Pablo Apóstol, que se llamaba *ad Aquas Salvias*, ó de las *Tres fuentes*, que brotaron milagrosamente en el sitio en que San Pablo fue decapitado. Dicha iglesia, que se llama de *San Vicente* y de *San Anastasio*, fue construida el año 624 por Honorio I, papa, restaurada por Adriano I en 772, y

después renovada por el papa León III. Es gótica, de tres naves. Estos dos santos mártires son muy venerados en Roma, como lo prueba el tener otro templo en la misma ciudad dedicado en su honor, y con sus nombres, en la plaza de la fuente de *Trevi*, cerca de la de *España*.

La historia del glorioso mártir San Anastasio fue muy celebrada desde su muerte. Las actas de su vida comprenden dos tratados: uno que contiene su conversión, la vida monástica y la lucha que sostuvo por la fe; y el otro la traslación de las reliquias á Roma y la relación de muchos milagros obrados por su intercesión. A estas actas dieron mucha autoridad los trescientos cincuenta obispos del Concilio 7.º general, 2.º de Nicea, en el año 787, ó sea ciento cincuenta y nueve años después del martirio de San Anastasio, en la sesión iv, en la cual se propuso el Concilio fijar la doctrina católica sobre el culto de las imágenes sagradas, sirviendo de ejemplo la de San Anastasio. Con este fin dijeron los legados del Papa: «Esta imagen de San Anastasio está hasta el presente en Roma, en su monasterio, con su preciosa cabeza, y en Sicilia hubo una mujer atormentada por el demonio, que sanó con sólo ponerla en Roma junto á la predicha sagrada imagen de San Anastasio».

## **LOS SANTOS VICENTE, ORONCIO, VÍCTOR Y AQUILINA, MADRE DE ÉSTE, MÁRTIRES**

**E**n tiempo del cruel emperador Diocleciano vino á España, por gobernador de la provincia de Tarragona, Daciano, uno de los monstruos más fieros que vomitó el abismo, para poner en ejecución los impíos decretos del emperador; y conociendo que por sí solo no era bastante para cumplir, según quería, las órdenes de aquél, nombró subdelegados á propósito en diferentes pueblos de su distrito, de cuya clase fue uno Rufino, varón

consular, que fijó su residencia en el castillo ó fortaleza de Granollers, cerca de Gerona ciudad antigua del Principado de Cataluña.

En esta desgraciada época, en que convirtió la provincia de Tarragona en lastimoso teatro, donde se representaban cada día las escenas más sangrientas, vinieron de Italia á España dos ilustres jóvenes, naturales de Cimena, llamados Vicente y Oroncio, ambos fervorosos propagadores de la religión cristiana. Llegaron al territorio de Gerona y encontraron entre las concavidades de unas piedras al obispo Poncio, que se había retirado al desierto, huyendo de las crueldades de Rufino, donde se ocupaba con algunos cristianos en divinas alabanzas, y en pedir á Dios auxilio en aquellas calamitosas circunstancias. Distinguíase entre todos Víctor, diácono de Poncio, varón de eminente virtud, muy conocido por su prodigiosa vida y por la ardiente caridad con que asistía á los afligidos fieles, que se vieron en la indispensable precisión de ausentarse á los páramos, por no poder tener descanso alguno en las poblaciones; y esmerándose, sobre todo, en la piadosa costumbre de hospedar á los pobres peregrinos, recibió en esta clase á los dos célebres italianos. Conoció por su trato la pureza de su fe, no menos que el ardiente deseo que tenían de padecer martirio; y creyendo todos tres que el medio más eficaz para lograr esta dicha era el de hacer ostentación pública de su profesión, movidos de unos mismos sentimientos, comenzaron á ilustrar á todos los habitantes de aquella región con la luz del Santo Evangelio sin temor de la persecución gentílica.

Supo Rufino los progresos que hacían en la religión los tres esforzados soldados de Jesucristo; y juzgando sus procedimientos por notorio desprecio de los edictos imperiales, se dirigió como un león enfurecido al sitio de retiro de Víctor, en tiempo que Vicente y Oroncio habían

salido de él á orar en un monte. Sintió no hallar allí á los dos ilustres extranjeros; pero, no pudiendo contener la indignación dentro del pecho, habló á Víctor de esta suerte: *Di, infidelísimo á los dioses; tú, que no contento con despreciar los mandatos de los príncipes del mundo y de confesarte siervo de Aquel á quien crucificaron los judíos, recibiste en tu retiro á ciertos seductores del pueblo; di: ¿dónde ocultaste á estos malvados? Manifiéstalos inmediatamente; pues te aseguro que, si no los descubres, he de hacer que padezcas los tormentos más crueles.* Procuró Víctor sosegar la cólera del tirano, haciéndole ver que los que llamaba seductores eran unos sujetos de honor, fieles observadores de las leyes divinas, en cuyo cumplimiento adoraban al Dios verdadero y á su unigénito Hijo Jesucristo, los cuales habían salido á hacer oración á un monte poco distante de su casa.

Marchó Rufino sin detenerse un instante en busca de Vicente y Oroncio. Viéronle éstos venir con toda la comitiva, y, creyendo que ya había llegado el tiempo de ofrecer al Señor el sacrificio de sus vidas, le rogaron que se dignase darles valor y fortaleza para combatir con un enemigo tan cruel. Mandó el tirano que bajasen del monte prontamente, y queriéndoles sorprender, luego que se presentaron, les dijo: *Público y notorio es que los augustos emperadores me han concedido facultad para que persiga al que confiese por Dios á Jesucristo; y así, os amonesto que, siendo vosotros nobles y sabios, según estoy informado, no olvidándoos de vuestro ilustre nacimiento, sacrificuéis á nuestros dioses, con lo que os aseguro que haréis el mayor obsequio á los príncipes del mundo.—¿Por qué procuras,* respondieron ambos, *obligarnos á una acción tan sacrílega, cuando los que llamas dioses son vanas estatuas de deidades quiméricas, cuya cualidad sólo puede atribuirles una necia credulidad, como es la que llena el entendimiento de los gentiles? Nosotros únicamente adoramos por*

***verdadero Dios al único Creador del Cielo y de la Tierra, y de todas las cosas visibles é invisibles; él que tiene poder para conducirnos á la eterna felicidad en compañía de los bienaventurados.***

**No teniendo Rufino razones con que satisfacer á tan concisa cuanto sabia respuesta, tomó el arbitrio de despreciar á los dos héroes diciéndoles: *Yo creía que hablaba con sujetos inteligentes, pero ahora noto vuestra ignorancia; y así, os mando que ofrezcáis sacrificios á los dioses, á quienes venera por tales nuestro emperador Diocleciano, pues de lo contrario os haré sufrir una muerte afrentosa.* No contestaron Vicente ni Oroncio á la amenaza, quedándose en agradable suspensión, en vista de la cual les reconvino el tirano: *¿Qué pensáis dentro de vosotros mismos? Resolved inmediatamente sobre lo que os propongo;* pero, reiterando los ilustres jóvenes la misma confesión que habían hecho, mandó que fuesen decapitados inmediatamente, lo que se ejecutó sin dilación por los paganos.**

**Supo Víctor el glorioso triunfo de los dos mártires, y, ocultando sus cuerpos en su mismo aposento, pasaba en oración la mayor parte del día y la noche á presencia de aquellos venerables cadáveres. Manifestóle el obispo Poncio que era voluntad de Dios que los trasladase á Italia; pero, luego que llegó á entender Rufino que disponía el santo diácono lo necesario para la traslación, siendo como era su ánimo impedir que pudieran los cristianos tributarles la veneración debida, mandó á sus ministros que prendiesen á Víctor y lo condujesen á su tribunal. Fueron ejecutadas sus órdenes con la mayor puntualidad, y, queriéndole obligar á que sacrificase á los ídolos, se valió de las más terribles amenazas, en caso de que se resistiese; pero el horror que causó al santo diácono la impiedad á que solicitaba precisarle, y la heroica constancia con que se negó á contestarla,**

**redobló la furia y la crueldad del bárbaro juez en términos tales que, lleno de furor extraordinario, providenció que le cortasen la cabeza y los brazos en el mismo lugar donde fueron degollados Vicente y Oroncio, año 304.**

**Viendo el padre de Víctor la sangre derramada de su amado hijo, quiso huir de la furia de Rufino; pero le detuvo su mujer Aquilina, animándole á mantenerse los dos constantes en la fe de Jesucristo, para merecer la dicha de aquel á quien dieron el ser, cuyo glorioso triunfo tenían á la vista. Ejecutáronlo así ambos, y ofendido el tirano de la constancia y de la fortaleza con que siguieron los pasos de los mártires, dando orden para que los degollasen, se retiró á Gerona, lleno de confusión al verse vencido por aquella ilustre comitiva. Se ignora el nombre del padre de San Víctor.**

**Luego que gozó de paz la Iglesia, puso en ejecución cierto cristiano llamado Autor la revelación hecha al obispo Poncio sobre la traslación de los cuerpos de Oroncio y Vicente á Italia; pero, al llegar las venerables reliquias á un lugar de los Alpes llamado Ebreduno, se quedaron inmóviles los bueyes que conducían el carro. Dieron aviso al obispo Marcelo, que lo era de aquel territorio, de lo ocurrido. Informado este prelado con este motivo del glorioso martirio de estos santos, y conociendo por la inmovilidad de los animales que era voluntad de Dios que allí se quedasen las santas reliquias, dando al Señor repetidas gracias porque se dignaba enriquecer á su diócesis con tan precioso tesoro, los depositó en Ebreduno, con asistencia de muchos clérigos, monjes y vecinos de la comarca, que concurrieron á solemnizar aquel acto con demostraciones festivas. No se olvidó Gerona del glorioso triunfo de los tres ilustres mártires de Jesucristo; y en reconocimiento de haber regado con su sangre aquel territorio determinó su Cabildo eclesiástico,**



en el día 6 de Junio del año 1522, que se celebre perpetuamente la fiesta, como hasta hoy se verifica, con toda pompa y solemnidad.

**La Misa es propia de San Vicente, levita y mártir, y la oración es la siguiente:**

Os rogamos, Dios omnipotente, nos concedáis la gracia de sufrir con constancia invencible las adversidades de este mundo, Vos que no permitisteis al santo levita Vicente atemorizarse ante las amenazas, ni ser vencido por los tormentos del martirio. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

**La Epístola es un extracto de los caps. 2.º y 3.º del Apocalipsis, de San Juan.**

En aquellos días: Oí una grande voz como de trompeta que decía: Escribe. Esto dice el que tiene las siete estrellas en su mano derecha: Conozco tus obras, y tus trabajos, y tu paciencia, y que no puedes sufrir á los malos, y has padecido por mi Nombre y no desmayaste. Quien tenga oído, escuche lo que dice el Espíritu: Al que venciere, Yo le daré á comer del árbol de la vida, que está en medio del Paraíso de mi Dios; le daré un maná escondido y una piedrecilla blanca, y en la piedrecilla esculpido un nombre nuevo, que nadie le sabe sino aquel que le recibe. Y al que hubiere vencido y observado hasta el fin mis obras ó *mandamientos*, Yo le daré autoridad sobre las naciones, será vestido de ropas blancas, y no borraré su nombre del libro de la vida; antes bien, le celebraré delante de mi Padre y delante de sus ángeles, le haré columna en el templo de mi Dios y le haré sentar conmigo en mi trono, así como Yo también fui vencedor y me senté con mi Padre en su trono.

## REFLEXIONES

**i Oh qué bien está el que esté en manos de Dios! Nadie está en las manos de Dios que no esté en su corazón. i Qué estancia tan dichosa! Pues ésta es la de los justos. ¡Gran Dios!, ¿qué lugar hay en el mundo más digno de una ambición noble y bien nacida? Ora amenace la tempestad, ora produzca estragos y terrores el polvoroso estruendo de los truenos, el justo está al abrigo: su alma está en las manos de Dios; ¿qué tiene de que temer?**

**Es la muerte un tormento que asusta á los más resueltos, y á los más intrépidos los estremece; pero como la muerte de los justos siempre es preciosa en los ojos del Señor, la ven venir, no sólo sin susto, sino también con alegría; porque no la miran como suplicio, sino como premio; los llena de dulzura, de consuelo y de confianza.**

**Su muerte en la apariencia es como la de los demás, término fatal de todas las cosas de este mundo; pero es en la apariencia y á los ojos de los insensatos; porque los prudentes y los sabios juzgan muy de otra manera de la muerte de los justos. Si salen de este mundo, es porque se les levanta el destierro; si se apartan de nosotros, es para entrar triunfantes en la gloria. i Oh qué gozo el de no haberse descaminado! i Qué consuelo más dulce y exquisito el que se experimenta cuando se llega al término dichosamente! Los santos sufrieron tormentos á los ojos de los hombres, parecieron afligidos y humillados, fueron maltratados y perseguidos; pero á los ojos de los hombres, y no más: todo lo áspero y duro de sus cruces estaba en lo exterior; que, por lo demás, en medio de los mayores trabajos lograban una esperanza llena de inmortalidad. ¿Qué proporción hay entre lo que padecieron y lo que ahora gozan? Dichoso el que no cede á las pruebas que de él se hacen. No gusta Dios de siervos cobardes y pusilánimes. ¡Felices aquellos á**

**quienes el Señor encuentra dignos de Sí!**

**Mas ¡qué diferencia hay entre la muerte de los justos y la de los que se llaman dichosos según el mundo! La felicidad de éstos se desvanece en su postrera hora. Grandezas, riquezas, honores, placeres, todo se sepulta con ellos; pero, al contrario, la última hora de los justos es la primera de una eternidad de delicias. Sus nombres son colocados en el libro de los Santos; su memoria está llena de bendición; se honran y se veneran hasta sus mismas cenizas; y aquellos hombres, viles á los ojos del mundo, brillarán por toda la eternidad como astros en el firmamento; reinarán sobre todos los pueblos y juzgarán á todas las naciones. ¡Qué objeto más digno de la ambición de un corazón cristiano!**

**El Evangelio es del cap. 10, vers. 28 al 32, de San Mateo.**

**En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Nada temáis á los que matan a! cuerpo y no pueden matar al alma; temed antes al que puede arrojar alma y cuerpo en el Infierno. ¿No es así que dos pájaros se venden por un cuarto, y, no obstante, ni uno de ellos caerá en tierra sin que lo disponga vuestro Padre? Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No tenéis, pues, que temer; valéis vosotros más que muchos pájaros. En suma: á todo aquel que me reconociere y *confesare por Mesías* delante de los hombres, Yo también le reconoceré y *me declararé por él* delante de mi Padre, que está en los Cielos.**

## **MEDITACIÓN**

**Que no hay en la tierra otro verdadero mal sino el pecado.**

**PUNTO PRIMERO.—**Considera que no hay en la Tierra otro verdadero mal sino aquel que él solo nos priva del verdadero bien y del principio de todos los bienes. Tal es el pecado.

Mírese por donde se mirare, el pecado siempre es pecado. Juzguémosle como Dios le juzga, eternamente será el pecado objeto de su odio y de su indignación, y eternamente será materia de nuestro arrepentimiento; pues ¿cómo lo puede ser ahora de nuestros deseos y de nuestra complacencia?

Todos los que llamamos males en el mundo, en tanto lo son en cuanto son consecuencias del pecado. El pecado fue el que inundó la Tierra de tantas desdichas; él es el que tiene encendido el fuego del Infierno; el pecado es el que hace infelices á los que lo son; la tranquilidad y la alegría sólo reinan donde reina la inocencia. Siendo Dios el bien infinito, y siendo todo bien por Sí mismo, no puede comunicar otra cosa. Sólo el pecado es quien causa todo el mal, privándonos de este bien. ¿Y es ésta la idea que se tiene del pecado? Pero ¿dejará de ser menos malo, dejará de ser menos pecado, porque se tenga de él otra idea diferente?

Esas concurrencias de la diversión de donde está siempre desterrada la inocencia; esos desahogos del Carnaval, que, si no siempre son pecado, son sumamente peligrosos siempre; esos espectáculos y esas alegrías profanas, origen fatal de tanto desorden, ¿prueban por ventura que se tiene al pecado grande horror? Y, aun las personas que se abstienen de esos desórdenes, ¿viven siempre muy inocentes? ¡ Ah!, que, por decirlo así, nos familiarizamos con el pecado; pero ¿nos familiarizaremos igualmente con los tormentos que le corresponden?

**¡Oh, Señor, y qué poco he conocido al pecado! Pero ¡cómo le conozco y cómo le detesto ahora! Aumentad mi dolor y perdonad mis maldades.**

**PUNTO SEGUNDO.—Considera que es error dar el nombre de males á lo que puede contribuir á nuestra felicidad; y que, á excepción del pecado, todo puede ser útil á un alma fervorosa.**

**Las desgracias, las persecuciones, las enfermedades, la pobreza, hasta la misma muerte, todo puede servirnos para ser dichosos; porque todo puede conducir para santificarnos.**

**Pocos santos hay que no deban, por decirlo así, á las persecuciones, á las adversidades y á los trabajos algún grado por lo menos de su elevación en el Cielo. ¿Qué no debieron los mártires á los suplicios? Vuestros parientes y vuestros amigos, dice el Salvador, os perseguirán, mas no por eso seréis menos dichosos, porque toda la malicia y toda la rabia de los tiranos no podrá arrancaros un solo cabello de la cabeza. Quien está en gracia de Dios, ó el que es querido de Dios, ¿qué tiene de que temer? Grande error es reputar el odio del mundo como mal, cuando todo el odio del mundo es porque se quiere amar y servir á Dios. ¿Cuántos favores y ventajosos partidos ofreció el mundo á San Vicente para pervertirle? ¿Qué crueles tormentos no padeció por despreciar sus engañosas promesas? ¡Oh! ¡Con qué valor se burló este insigne Santo, así de los tormentos como de los halagos del tirano! Antes bien, los mayores halagos fueron para él los más intolerables tormentos. Perdió la vida por no perder la amistad de Dios. ¿Cuándo ha de llegar el tiempo en el que nosotros pensemos de la misma manera? ¿Cuándo hemos de discurrir según los mismos principios? ¿Tiénese en el día de hoy al pecado por el mayor mal de todos los males? ¿Le tienen siquiera por mal los que tienen vanidad**

**de cometerlo? Llámense males á la pérdida de intereses, á la aflicción, á la persecución y á la desgracia, que suelen ser principio de mil bendiciones, según los amorosos designios de la Divina Providencia. Pero ¿se considera al pecado como gran mal, cuando se cree que puede ser medio conducente para hacer fortuna, según el mundo?**

**i En qué ceguedad he vivido yo hasta aquí, oh Dios mío! Perdonadme, Señor, y oíd benigno mi humilde súplica. Haced que padezca todos los tormentos, hacedme sufrir todos los males de esta vida, antes que cometa yo jamás un solo pecado.**

## **JACULATORIAS**

**iAy de vosotros, hombres impíos, que abandonasteis la Ley de vuestro Dios y Señor!—*Eclesiastés*, 41, v. 11.**

**Terrible cosa es caer en las manos de Dios vivo.—*Carta á los hebreos*, 10, v. 31.**

## **PROPÓSITOS**

**1. Concibe tan grande horror al pecado, que estés dispuesto á perder los bienes, la salud, la misma vida antes que perder la gracia. Muy digno de lástima serás si te hallas en otra disposición; pero porque son inútiles y de nada sirven las mejores máximas, si no se reducen á práctica, siempre que á ti ó á tu prójimo suceda alguna desgracia, algún contratiempo ó trabajo, toma la santa costumbre de decirte á ti mismo: no hay otro mal que el pecado; consolémonos con que esta pérdida de los bienes de fortuna, de la salud ó de la honra se puede convertir en gran provecho mío. Líbrame, Señor, de todo pecado, porque no temo otro mal alguno.**

**2. Toma ocasión de todos los contratiempos de esta vida para decir á tus hijos, á tus amigos ó á tus domésticos que en este mundo no hay más que un solo mal, hablando propiamente, el cual mal es el pecado. Sea éste tu más frecuente refrán, tu adagio favorecido. Repítelo sin cesar á tus hijos, dítelo á ti mismo cien veces al día, y no te perdones ni las leves mentiras oficiosas, ni las restricciones mentales, que son verdaderas mentiras disfrazadas, ni las más ligeras impaciencias. Todo lo que pueda alterar la caridad, por poco que sea, debe ser prohibido para ti. Ser demasiado indulgente consigo mismo, y poquísimamente con los demás, suele ser ocasión de muchas faltas: todo lo que puede agraviar de alguna manera al prójimo, y todo lo que tenga sombra de pecado debe causarte horror. La imagen sola de un monstruo espantoso atemoriza. Repite con frecuencia estas bellas palabras: *Malo mori quam foedare animam meam*: más quiero morir que manchar jamás mi alma. No te contentes con tener horror al pecado solamente; has de tenerlo también á todas las ocasiones de pecar, de las cuales has de huir como del mismo pecado. No se aborrece el pecado cuando no se aborrece la ocasión.**